

“Nuestra historia y la historia de Él”
Paul Bassett

Respuesta

Digamos la historia
por

Gay L. Leonard

Director ejecutivo, *Holiness Today*, Oficina general, la Iglesia del Nazareno
Kansas City, Missouri, EE.UU.

El resurgimiento reciente de interés en la genealogía testifica al anhelo casi universal de descubrir los orígenes de uno. Al saber quiénes somos, de dónde somos, y por qué existimos es central a la integridad de cualquier grupo de gente que se reúne con un propósito común. Por entender su historia colectiva, pueden definir su propósito para el presente y el enfoque para el futuro.

Todas estas razones son centrales al Cuerpo de Cristo y más específicamente a la Iglesia del Nazareno. Sin embargo, existimos para venerar no nuestros cimientos históricos sino nuestro Fundador. El Dr. Bassett pide que los nazarenos se arraiguen nuestra memoria no en nuestros logros sino en la obra del Espíritu Santo. Nuestra historia no es tanto de nosotros como es de Él que nos ha llamado y nos ha encargado a ser su Cuerpo. El enfoque institucional se ensimisma, llamándonos a ser calculadores y a celebrarnos a nosotros mismos. El vivir santo es Cristo-céntrico, llamándonos a enfocarnos en Él y su misión.

La historia que celebramos no es nuestra historia, nuestra historia es la historia de Él. La historia no comenzó con Bresee, un lugar de avivamientos, Pilot Point, y 1908. Nuestra historia es una celebración inmemorial, eternal, y continua, de la obra del Espíritu Santo. Es una humillación de sí y la exaltación del Maestro. Según Bassett, no se trata de una gran iglesia o una gran persona; se trata de un gran Dios.

Este enfoque apropiado demanda un requisito esencial: debemos conocer nuestra historia. Frecuentemente, a nosotros en la Iglesia del Nazareno, se nos pregunta de la historia que forma nuestra razón por existir: “¿Quiénes son los nazarenos, y qué creen ustedes?” Las respuestas varían. Se esfuerza generalmente a describirnos como una iglesia de santidad y como gente que buscan una vida santa. Más allá de esto, el nazareno regular habla entre dientes y titubea al responder a más preguntas. Las razones son múltiples, pero una es sobresaliente: no entendemos nuestra historia. Aunque la santidad es nuestra doctrina cardenal—una parte central de nuestra historia—es, discutiblemente, la palabra más difícil de explicar.

Colectivamente, somos pobres mayordomos al ofrecer respuestas. Somos deficientes en explicar nuestra existencia; no entendemos nuestra doctrina; no podemos definir nuestros rasgos distintivos. En breve, no conocemos nuestra historia.

Es poco extraño entonces que las características de una gente santa falta tanto en realizarse. Y tal vez esto es por qué volvemos más a la memoria institucional que a la memoria de Dios.

La historia de un cuerpo no es la historia colectiva hasta que se comparta y sea propiedad de todos los miembros. Nuestra teología no es *nuestra* teología hasta que se la conozca, y sea de todos.

Nuestra doctrina no es *nuestra* doctrina hasta que la hayamos transmitido a todo que deseen conocerla y vivir de acuerdo con ella. En particular, tenemos una gran responsabilidad de compartir la historia de Él con el laicado, con la generación menor, y con los nazarenos nuevos.

Fuera de nuestros seminarios y universidades y regiones donde hay muchos nazarenos, nuestros legos tienden a no saber la teología. La potencia para una solución descansa en las manos de los teólogos, redactores, y editores quienes deben unirse para producir materiales básicos en la terminología del laicado. Pastores y maestros al nivel local deben comunicar este conocimiento en lenguaje entendible. Hasta que se comunique la historia a la gente en los bancos de la iglesia para que se comunique a los perdidos, sólo los pocos de la institución tendrán la historia.

Una generación entera de jóvenes está creciendo en la Iglesia del Nazareno sin entender la santidad. Nuestro deseo de transmitirles esta doctrina en lenguaje que entiendan y a que puedan relatarse es de suma importancia para la misión continua de nuestra iglesia. Como dijo Shakespeare, “Hay una marea alta en los asuntos del hombre la cual tomada al pleamar se lleva a la fortuna. Dejada, todo el viaje de la vida pasa en aguas poco profundas y en miserias.” No lanzamos la marea, tampoco podemos cambiarla: solamente escogeríamos lanzar nuestros propósitos con ella o sentarnos y mirar irse las posibilidades. La marea de la retórica de la Generación X ha salido de la orilla. No podemos pedirle que regrese; no podemos lanzarla de nuevo según nuestras preferencias. Nuestro escogimiento es simplemente comunicar dentro de la marea. ¿Lo haremos? Algunos temen que cambiar nuestra terminología diluya o destruya la integridad del mensaje de la santidad. Al contrario, yo creo que es la respuesta para preservar la memoria y perpetuar la historia para otra generación. Acaso fallemos en esto, la memoria termina con nosotros.

El Dr. Bassett nos llama nuevamente a dirigir nuestra atención seria desde lo institucional a lo divino de nuestra historia. Estoy de acuerdo. Digámosles la historia a todos en modos en que toda la familia pueda entender para que ellos en su turno la transmitan a otros.